

## Un genocidio inexistente

*María Teresa Poyrazian*

Para Mariana, Laura y Vera.

*Yo quería saber por qué yo había perdido tanta gente que me era personalmente propia. (Del testimonio de un armenio argentino hijo de sobrevivientes).*

*¿No ven ustedes lo que ha sucedido? Dios se ha vuelto loco. (De una mujer armenia al presenciar la muerte de su hijo quemado vivo en la iglesia de la aldea).*

*Puerta de roble, ¿quién te levantó sobre los goznes? mi dulce madre no puede volver. (Paul Celan).*

Esta nota es un comentario del libro de Héléne Piralian *Genocide et transmission. Sauver la mort, sortir du meurtre* (L'Harmattan, Clemecey, 1995), no traducido al español.

Consideré importante hacer conocer algunas ideas que plantea la autora para poder 'pensar el genocidio', cualquiera que fuese.

Las causas del genocidio armenio no existen. Puede haber explicaciones religiosas, raciales, de relaciones de fuerza de las grandes potencias europeas, de lucha de los países industriales por los mercados, de situación interna y necesidad de expansión del imperio otomano, etc.,

que habrían originado, en el peor de los casos, otra de las innumerables guerras que asolaron la región.

Pero para ese genocidio, como para cualquier otro, no existen causas. Sería hacer entrar ese acontecimiento en su totalidad dentro del orden de la razón, de lo inteligible, de lo explicable.

Los hechos del genocidio armenio sí existen. Entre los años 1915 y 1918, en un episodio que los armenios denominan la Catástrofe, el gobierno turco asesinó a un millón y medio de armenios de los dos millones cien mil que vivían en Turquía. El resto logró escapar en condiciones inhumanas.

Hobsbawm lo considera “ el primer intento moderno de eliminar a todo un pueblo”.

El plan de exterminio fue meticulosamente trazado: primero serían asesinados los intelectuales y los políticos, luego los soldados armenios del ejército y el resto de los hombres y finalmente las mujeres, los ancianos y los niños.

El plan estaba montado sobre la estrategia de la deportación y traslado a otros lugares pero la mayoría fue asesinada en sus pueblos y los grupos de deportados, que debían desplazarse a pie a través de grandes distancias, fueron sistemáticamente aniquilados y abandonados al hambre y a las enfermedades para que nadie quedase con vida.

Sin los medios tecnológicos de que dispondrán los genocidas futuros (trenes, cámaras de gas, etc.), la matanza se convirtió en una verdadera carnicería de cuerpos violados, torturados, despedazados, semidevorados por los animales, cuerpos que eran abandonados a los costados de los caminos o tirados al Eufrates.

Diversos testimonios dan cuenta de la particular voluntad de aniquilamiento que animó a este genocidio, caracterizado por una obsesión por la dispersión, dispersión de los habitantes, dispersión de los restos humanos, destrucción de monumentos e iglesias, arrasamiento total de muchos pueblos, cambio de nombre de otros, prohibición de usar la lengua, levantamiento de los cementerios. “Exterminen, ordenaba teóaticamente Talaat a sus ayudantes, a todos los niños en edad de

recordar”. “No va a quedar ni un armenio para el museo”, declaraba Kemal Atartuk.

Todas estas acciones fueron acompañadas de órdenes estrictas de mantener el silencio hasta bajo pena de muerte. Talaat ordenaba llevar a las cortes marciales a las personas que difundieran o investigaran esos hechos y sostenía como central el cuidado de que los extranjeros que circulaban por el país fueran convencidos de que las deportaciones tenían como único fin el traslado de las personas a otros sitios.

Ya no se trata solamente de una masacre sino de hacer desaparecer a todo un pueblo. No existieron, no vivieron, no murieron. No hay lugar geográfico al que hayan pertenecido, ni ley que los incluya, ni memoria que los aloje. Sólo silencio. Silencio mantenido activamente mediante amenazas de todo tipo, incluso de muerte, a lo largo de ochenta años, hasta ahora. Por lo tanto, ni reconocimiento, ni arrepentimiento, ni perdón, ni culpa, ni compensación. Nada.

Esto hará decir a J.M. Carzou, autor del libro *Un génocide exemplaire*: “¿Entonces este genocidio lo hemos soñado? No. Es un genocidio perfecto: no tuvo lugar...”

En la actualidad, algunos historiadores se preguntan qué hubiese pasado con todos los genocidios posteriores de este siglo si éste no se hubiese realizado en la mayor impunidad, ante la indiferencia de las potencias mundiales.

Es una pregunta que sigue siendo válida .

Setiembre de 1915. Telegrama del Ministro del interior Talaat Pacha al gobernador de Alepo: “Se ha comunicado recientemente que el gobierno, por orden del Comité, ha decidido exterminar totalmente a todos los armenios que habitan Turquía. Los que se opongan a esta orden y a esta decisión serán separados de sus funciones. Sin miramientos para las mujeres, niños o enfermos, por más trágicos que sean los medios del exterminio, sin escuchar los sentimientos de la conciencia, es necesario poner fin a su existencia”.

Agosto de 1939. Declaración de Hitler: “Nuestra fuerza debe residir en nuestra rapidez y en nuestra brutalidad. He dado orden a las unidades especiales de SS de dirigirse al frente polaco y matar sin piedad a

hombres, mujeres y niños. ¿Quién habla hoy del exterminio de los armenios?”

Abril de 1984. Párrafo de una carta que el cineasta kurdo Y.Güney dirigió al Tribunal permanente de los pueblos reunido en París para estatuir la existencia del genocidio armenio y pedir su reconocimiento por parte del gobierno turco actual: “Si este genocidio hubiese sido reconocido en su momento por la comunidad internacional, si en los años 20 la Sociedad de las Naciones hubiese juzgado y sancionado severamente este crimen contra la humanidad, es probable que los dirigentes kemalistas no hubiesen intentado hacer padecer a los kurdos la misma suerte que a los armenios, masacrando y deportando entre 1925 y 1940 a más de la tercera parte de la población kurda que vivía en su territorio”.

El libro de Piralian reconoce su origen en una pregunta: ¿Qué significa ser el sobreviviente de un genocidio, cómo no morir de la herencia del genocidio?

El eje de su reflexión es el hecho de que, a diferencia del genocidio judío, el genocidio armenio no ha sido reconocido por sus responsables, es decir el gobierno turco, ni por los sucesores de los responsables, y reflexiona sobre las consecuencias que ese no reconocimiento, que ese desconocimiento activo tiene para los sobrevivientes y su descendencia. Un genocidio de estas características conlleva, además del asesinato masivo de las personas, un asesinato de lo simbólico y de su transmisión a los descendientes, un asesinato sin fin.

Sin esta idea de una aniquilación radical, de un asesinato sin fin que incluya a la descendencia no se entendería el carácter activo del desconocimiento que los turcos implementan sistemáticamente hasta hoy.

Así es como cada vez que ha habido algún tipo de reconocimiento o de denuncia del genocidio ha sido violentamente objetado por el gobierno turco o por miembros de organizaciones nacionalistas turcas mediante amenazas de muerte contra personas, cruces gamadas (¿?) pintadas en monumentos armenios, protestas a nivel diplomático, etc. Como un ejemplo más de esos hechos, Piralian señala en su libro que en 1991 Ann Berkov, superintendente del Museo de la emigración americana en Ellis

Island, informó al Comité Nacional Armenio que una fotografía que se hallaba en el museo donde aparecían armenios colgados durante las masacres de 1915 y que llevaba la siguiente explicación: “Alrededor de 1921, cerca de cien mil armenios llegaron a los EE.UU. huyendo de las masacres turcas, durante las cuales más de un millón de armenios perdieron la vida”, había sido vuelta a colocar en el museo luego de ser retirada debido a presiones turcas sobre la Casa Blanca, el Departamento de Estado y la dirección del museo.

Ese desconocimiento activo del genocidio mantiene el efecto imaginario de omnipotencia del exterminador y sigue reteniendo a los sobrevivientes en la dualidad víctima-opresor, de la que es muy difícil sustraerse. Intentar hacerlo sería exponerse a un deseo asesino en permanente vigencia.

Sólo quedaría entonces sostener, mediante el recuerdo permanente del horror, el momento del trauma como única identidad posible.

Si los muertos desaparecidos no son reconocidos a nivel de la historia, se imposibilita así el duelo y la transmisión, y los descendientes quedan expulsados del campo simbólico, en una suspensión de lo simbólico. Para muchos de ellos, sólo la muerte real será la única posibilidad de reabrirlo.

De este modo es matada la muerte, es decir la posibilidad de simbolización de la muerte, y la vida misma, que también depende de esa simbolización. Se priva así a los muertos de su muerte y a los vivos de sus muertos, que son parte fundamental de su historia y de su linaje. No hay muerte de vivos porque los que nunca existieron no pueden estar muertos.

La desaparición de los cuerpos de los muertos deshumaniza a éstos y tiene en los sobrevivientes el mismo efecto. Los deshumaniza en tanto que los desencarna, es decir los priva de existir en el mundo humano donde se está en tanto hombre o mujer encarnado y mortal. Viven, en mayor o menor medida, en un punto de suspensión y despojamiento, acechados por las imágenes de la destrucción y de la pérdida real. De los muertos, dice Piralian, “sólo queda un cuerpo anónimo, el mismo para todos, hecho de esos pedazos dispersos que siembran los caminos de la deportación”.

¿Qué hacer entonces con ese cuerpo? En un esfuerzo para no dejar a esos muertos fuera de lo humano, desaparecidos, como si nunca hubiesen

existido, los sobrevivientes los conservan en sí, ni muertos ni vivos, suspendiendo a la vez su muerte y su desaparición.

Ese cuerpo del muerto incorporado, mejor dicho encriptado en el cuerpo del sobreviviente, sería un intento de mantener una inscripción de esa muerte, una muerte conservada, al no poder ser simbolizada, en espera de.

La hipótesis central de la autora es que la primera generación sólo puede conservar en sí a los muertos para transmitirlos, y sólo puede hacerlo de esa forma. La segunda generación va a tener por tarea enterrarlos, es decir retomar ese duelo dejado en suspenso por la generación precedente, gracias al cual no desaparecieron, y hacer que continúen existiendo pero en la memoria y en el corazón. A su cargo estará la posibilidad de recuperar las historias, las leyendas, las palabras, la memoria, y también, tomando palabras de Jorge Luis Borges, de aprender el arte del olvido.

Esta tarea no es programable. Proviene de un suscitamiento, de una impulsión interior posible para cada quien a partir de la aparición de un otro que ya no sea el exterminador y permita que un testimonio sea dicho, que autentifique su veracidad y haga un espacio para que los muertos puedan ser exhumados y enterrados.

Junto con ésto sigue vigente una tarea ineludible y cada vez más necesaria: la de insistir, de todos los modos posibles, en el reconocimiento del genocidio, en el levantamiento del desconocimiento.

La hipótesis se completa con la idea de que si la segunda generación no lograra hacer este trabajo, eso provocaría en la tercera generación el retorno de la muerte en lo real.

La autora intenta aquí abrir la posibilidad de dar un sentido distinto a la muerte voluntaria, a la muerte ocurrida en empresas suicidas o asesinas (atentados, por ejemplo). Hace una expresa referencia a los actos de terrorismo ocurridos en Europa en los años 70 y 80, protagonizados por jóvenes armenios pertenecientes a esta tercera generación, contra embajadas y funcionarios turcos y se pregunta si estos llamados terroristas no estarán en realidad bajo terror y la existencia de ese otro que perpetua el desconocimiento no les deja otra salida humana más que el sacrificio.

Este tipo de atentados ocurrieron mayoritariamente en Europa, lo cual no quiere decir que la muerte real no se haya dado en otros lugares bajo distintos ropajes.

Quizás para el sobreviviente armenio que llegó a Europa algunas cosas le fueron más claras y pudo nombrar al exterminador con más facilidad. Por lo menos para él el inglés, el francés, el alemán eran lenguas y culturas más conocidas.

En América las cosas fueron bastante inciertas. Los caminos de la deportación también atravesaron los océanos, y los sobrevivientes llegaban a lugares de los que la mayoría de las veces sólo conocían el nombre.

En su libro *Los armenios en la Argentina*, Eva Tabakian transcribe, entre otros, dos testimonios que me parece que aluden a esta situación.

Uno, de un sobreviviente: "...Nos habían dicho que Buenos Aires era bueno, y vinimos en un barco, como tres meses."

Otro, del hijo de un sobreviviente: "Armenia es algo muy difícil de definir, es algo misterioso. Fue todo."

Entre esa tierra indefinible y misteriosa que había quedado atrás, definitivamente vedada por el sello puesto en los pasaportes de los sobrevivientes que decía "Sin retorno posible" y esa referencia tan frágil y a la vez tan fuertemente esperanzada de un Buenos Aires bueno, en esos tres meses de océano, metáfora de un sin lugar radical, de una vida sin huellas, de una identidad opacada, el genocidio cobró muchas otras víctimas. No sólo de muertes reales sino también de las otras, las muertes del ser, las muertes del alma, las muertes del corazón.

No hay peor extranjería que el ser extranjero de sí mismo, que el estar ausente de sí mismo.

Un buen ejemplo de ello nos lo da William Saroyan con el personaje de uno de sus cuentos. Un campesino llamado Sarkis Khatchadourian llega a California. Había dejado en su aldea muchos amigos armenios, kurdos, turcos, árabes con los que hablaba en sus lenguas y a los que extrañaba mucho.

Empleado en un viñedo, debía trabajar con mexicanos, japoneses y otros extranjeros con los que no podía intercambiar ni una palabra, lo cual lo ponía muy triste. Los domingos iba a la ciudad y tomaba "rakki" con

sus paisanos. Al poco tiempo de su llegada, uno de ellos lo interrogó: “¿Y, qué le parece América, paisano?” “¿Qué me parece? No lo sé yo mismo. Ir, venir y con hombres conocidos o desconocidos, volcar cubos.”

Sarkis logró instalarse. Se casó con una armenia, tuvo dos hijos, prosperó, se compró un viñedo de diez acres, tuvo caballos, vacas, casa, otro viñedo más grande, y otro, casa nueva, electricidad, automóvil, fonógrafo, teléfono, refrigerador, radio, y hasta uno de sus hijos llegó a doctorarse en Berkeley. Sus hijos hablaban en inglés, escribían en inglés y sabían un montón de cosas. Y así pasaron muchos años.

A veces lo visitaban armenios importantes, profesionales. Un día uno de ellos le preguntó: “Bueno, ¿qué le parece América, paisano?” “¿Qué me parece? No lo sé yo mismo. Ir, venir y con hombres conocidos o desconocidos, volcar cubos...”

No es uno de los menores méritos del libro de Hélene Piralian el de señalar cómo ha debido pasar un tiempo para que los herederos del genocidio logren desprenderse de la captura de un trauma siempre actual y puedan pensar el genocidio, escribir el genocidio sin morir de él... o sin enloquecer, agrego. Así como también la idea de que ello es posible si ese pensamiento, si esa escritura se instala en una alteridad sustentada en el reconocimiento y el deseo.

Mis amigos de la revista *Nombres* de Córdoba me han permitido beneficiarme del mismo movimiento.